

PARTE II. barcar con su infeliz tripulacion en un buque fletado á sus espensas, se vió juguete de las olas por medio del Oceano, acometido de terribles y continuas tempestades, hasta que, á 7 de Noviembre de 1504, dió foído en el pequeño puerto de San Lúcar, á 12 leguas de Sevilla ¹.

Recibe Colon la noticia de la muerte de Doña Isabel.

Esperaba Colon encontrar en aquel tranquilo puerto el reposo que su quebrantada salud y su abatido espíritu necesitaban tan imperiosamente, y verse luego restablecido en sus rentas y dignidades por manos de Isabel; pero allí era donde habia de experimentar el mas cruel infortunio. Cuando llegó, se hallaba ya la reina en su lecho mortal, y á los pocos dias Colon recibió la triste noticia de que la protectora en cuyo poderoso apoyo habia confiado constantemente, ya no existia: "terrible golpe para Colon, que siempre esperó de parte de la reina favor y proteccion (dice su hijo Fernando), al paso que el rey no solo habia sido indiferente sino verdaderamente contrario á sus intereses ²." No debe costarnos mucho trabajo el creer que un hombre del carácter prudente y frio del rey de España, no podria comprender mucho á un genio tan ardiente y apasionado como el de Colon, ni disimularle sus entusiasmos estravagantes; y aunque no hemos encontrado hasta aquí cosa alguna que pueda justificar el duro lenguaje de su hijo, sin embargo, no hemos dejado de ver que el rey, desde el principio, desconfió de los proyectos del almirante, encontrando en ellos algo de quimérico y visionario.

La aflicción que causó al almirante la noticia de la muerte de Isabel, está pintada con los términos mas sinceros en una carta que poco despues escribió á su hijo D. Diego: "Nuestro principal deber (le

¹ Mátyr, De Rebus Oceanicis, decada 3, libro 4.—Benzoni, Novi Orbis Historia, libro 1, cap. 14.—Fernando Colon, Historia del Almirante, cap. 88, 108.—Herrerias, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 5, cap. 2, 12, lib. 6, cap. 1, 13.—Navarrete, Coleccion de Viajes, t. 1, pp. 282-325.

Las mejores autoridades en que se apoya la historia del cuarto viaje, son las relaciones de Mendez y de Porras, que fueron en la espedicion, y sobre

todo la carta que el mismo almirante escribió á los reyes desde la Jamaica. Todos estos documentos se hallan recogidos en la Coleccion de Navarrete, tomo 1, lugar citado. Aunque los primeros tiempos de la vida de Colon estén muy oscuros, por lo que hace á los que trascurrieron desde el principio de su grande empresa, no hay ningun paso en toda su carrera que no esté ilustrado abundantemente.

² Hist. del almirante, cap. 108.

dice) es encomendar á Dios con el mayor fervor y devocion el alma de nuestra difunta señora la reina: su vida fué siempre católica y virtuosa, y dispuesta á todo lo que pudiera redundar en servicio de Dios; por lo cual podemos confiar que está ya en la gloria, lejos de todas las penas y miserias de este mundo ³."

Hallábase Colon por entonces tan agobiado de la gota que padecia desde mucho tiempo, que no pudo emprender su viaje á Segovia, donde la corte residia en aquel invierno. Mas se apresuró á esponer su situacion al rey, por medio de su hijo D. Diego que estaba empleado en la real casa; manifestó sus anteriores servicios, las condiciones de la primera capitulacion que se hizo con él, la infraccion de casi todos sus artículos, y la urgente necesidad de recursos en que se encontraba. Pero Fernando estaba muy ocupado por entonces con sus propios negocios, para que pudiera dar mucha atencion á los del almirante; el cual repetidas veces se quejó de la poca consideracion que habian merecido sus pretensiones ⁴. Por último, á principios de la primavera, el almirante, habiendo obtenido dispensa de la pragmática que prohibia el uso de mulas, pudo, haciendo jornadas cortas y cómodas, llegar á Segovia y presentarse al rey ⁵.

Recibióle Fernando con todas las muestras exteriores de consideracion y aprecio, asegurándole, "que estimaba en todo lo que valian sus importantes servicios, y que lejos de limitar su recompensa á los términos precisos de la capitulacion, era su ánimo concederle mas amplios honores en Castilla ⁶."

Mas estas halagüeñas ofertas no se cumplieron, y es verosímil que el rey no tenia verdadera intencion de restablecer al almirante en su cargo. Ovando, su sucesor, gozaba de mucho favor con el rey, y aunque su gobierno no fuera el mejor para los indios, era muy agradable

³ Cartas de Colon, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. 1, p. 341.

⁴ Véase su interesante correspondencia con su hijo D. Diego, que hace poco imprimió, por primera vez, el Sr. Navarrete, copiándola de los manuscritos originales que existen en el archivo del duque de Veraguas.—Coleccion de Viajes t. 1, p. 338 y siguientes.

⁵ Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 6, cap. 14.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, capítulo 108.

En la nota 12, cap. 30, parte segunda de esta historia, se da noticia de aquella pragmática.

⁶ Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 6, cap. 14.

PARTE II. á los colonos españoles ⁷, y por otra parte, las opresiones que permitía contra los pobres naturales eran favorables á su causa, porque con esto podia enviar al tesoro real cantidades mucho mayores que las que sacaba su mas benigno predecesor ⁸.

Ademas de esto, los sucesos del último viaje no habian contribuido de modo alguno á disipar la desconfianza que el rey alimentaba de antemano acerca de la capacidad del almirante para el gobierno, pues habia estado su gente en continua insubordinacion, al paso que sus cartas á los reyes, escritas bajo la impresion de circunstancias desagradables, como que lo habian sido desde la Jamaica, presentaban tal aspecto de abatimiento, y á las veces proyectos tan absurdos y quiméricos, que podian hacer sospechar que quien aquello escribia padeciera alguna enajenacion mental en ciertas ocasiones ⁹.

No le trata D. Fernando con justicia. Pero cualesquiera que fuesen las causas que hubiera para no restablecer á Colon en su gobierno, era la mayor injusticia no darle las rentas que se le aseguraron por su primer pacto con la corona. Segun manifiesta el mismo almirante, estaba tan lejos de recibir la parte que le correspondia de las cantidades que enviaba Ovando, que se vió en el caso de pedir dinero prestado, y contraer grandes deudas para sus gastos indispensables ¹⁰. La verdad era, que como los rendimientos de los nuevos paises se empezaron á aumentar considerablemente, Fernando sentia gran repugnancia en cumplir á la letra lo que se habia pactado: creia que esta compensacion era demasiado grande, y en un todo desproporcionada á los servicios de un súbdito, y tuvo la poca generosidad de proponer al almirante que renunciase sus derechos en cambio de otros estados y dignidades que se le seña-

⁷ Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 5, cap. 12.

⁸ Ibid., dec. 1, lib. 5, cap. 12, lib. 6, cap. 16-18.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, cap. 14.

⁹ Aquel documento ofrece un conjunto de la especie mas estraña, porque á una narracion juiciosa y á un raciocinio sano se hallan mezclados los mas estravagantes delirios, lamentos y planes quiméricos para el rescate de Je-

rusalem, y para la conversion del Gran Kan, etc. Semejantes aberraciones, que á las veces vienen á ofuscar su alma, enajenando de ella la luz de la razon, no pueden menos de llenar el espíritu del lector, como indudablemente sucedió entonces con el de los reyes, de sentimientos de estrañeza y compasion.— Véanse las cartas de Colon, en Navarrete, coleccion de viajes, t. I, p. 296.

¹⁰ Ibid., p. 338.

larian en Castilla ¹¹. Esto demostraba menos conocimiento del carácter de las personas, que el que el rey solia tener; porque no debió pensar que el hombre que habia roto todas las negociaciones al principio de una empresa dudosa, primero que rebajar un ápice de lo que pedia, pudiera consentir en tal rebaja despues de coronada su empresa con el éxito mas glorioso.

No consta qué asistencias recibiera Colon por entonces de la corona, ni tampoco si se le dieron algunas. Continuó residiendo en la corte, á la cual acompañó en su traslacion á Valladolid. Indudablemente gozaba Colon de la consideracion pública que era debida á su alto nombre y estraordinarias hazañas, aunque el rey pudiera mirarle bajo el aspecto nada lisonjero de un acreedor, cuyas reclamaciones eran sobrado justas para negadas, y demasiado grandes para satisfechas.

Abatido el ánimo de Colon al ver lo mal que eran pagados sus servicios, y agobiado su físico por los largos padecimientos y continuos trabajos, desfallecia ya rápidamente á los golpes terribles y reiterados de su dolorosa enfermedad. Cuando llegaron D. Felipe y D^a. Juana, les dirigió una carta por medio de su hermano Bartolomé, en que manifestaba su sentimiento de que la falta de salud le impidiera ir á tributar sus respetos en persona y á ofrecerles sus servicios. Esta carta fué recibida con aprecio, pero Colon sobrevivió muy poco, y no pudo ya ver á sus jóvenes soberanos ¹².

Sin embargo, no habia perdido el vigor de su espíritu en medio de sus males, y á 19 de Mayo de 1506, otorgó un codicilo en que confirmaba la disposicion testamentaria que anteriormente habia ordenado para la vinculacion de sus estados y dignidades, manifestando en este último acto la misma solicitud que habia tenido durante toda su vida de perpetuar un nombre ilustre. Hechas estas disposiciones con la mayor tranquilidad, espiró al dia siguiente, que era el de la Ascension de nuestro Señor, con pocos dolores al parecer, y con la mayor resignacion cristiana ¹³. Sus restos, que por entonces se deposita-

¹¹ Fernando Colon, Historia del Almirante, capítulo 108.—Herrera, Indias Occidentales, lib. 6, cap. 14.

¹² Navarrete inserta esta carta en la Coleccion de Viajes, t. III, pág. 530.—Herrera, Indias Occidentales, lug. cit.

¹³ Zúñiga, Anales de Sevilla, página 429.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 108.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 131.—Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. dipl. 158.

Decaen su salud y su ánimo.

Muere.

1506.
20 de Mayo.

ron en el convento de San Francisco de Valladolid, fueron trasladados seis años despues al monasterio de la Cartuja de las cuevas de Sevilla, donde el rey Fernando mandó levantar mas adelante un magnífico mausoleo con la memorable inscripcion:

*A Castilla y á Leon
Nuevo mundo dió Colon;*

“cosa, dice su hijo Fernando con tanta verdad como sencillez, jamas dicha de ningun otro hombre en los tiempos antiguos ni en los modernos¹⁴.” De aquel lugar fueron trasladadas sus cenizas en el año 1536 á la isla de Santo Domingo, teatro de los descubrimientos del almirante; y cuando aquella isla fué cedida á los franceses en 1795, se volvieron á sacar y los llevaron á Cuba, donde reposan hoy tranquilamente en la iglesia catedral de la capital de esta isla¹⁵.

Su persona y
cualidades.

Es muy dudosa la edad que tenia Colon, aunque parece probable que no distaba mucho de los setenta años al tiempo de su muerte¹⁶. Su hijo nos dejó una descripcion exacta de su persona: era alto y bien

¹⁴ Hist. del Almirante, ubi supra.

El siguiente elogio que Pablo Giovio tributa al mérito del gran navegante, manifiesta la alta estimacion en que le tenian, así en los paises extranjeros como en el suyo, los hombres ilustrados de aquellos tiempos. “Incomparabilis Liguribus honos, eximium Italiae decus, et prefulgidum jubar seculo nostro nasceretur, quod priscorum heroum, Herculis, et Liberi patris famam obscuraret. Quorum memoriam grata olim mortalitas aeternis literarum monumentis caelo consecravit.” Elogia Virorum Illust., lib. 4, pág. 123.

¹⁵ Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. dipl. 177.

A la izquierda del altar mayor de aquel soberbio edificio, hay un busto de Colon, colocado en un nicho abierto en el muro, y junto á él una urna de plata,

que contiene los restos que se conservan del ilustre viajero. Véanse las “Letters from Cuba” por Abbot, obra llena de interes y de noticias, aunque hay que disimular las incorrecciones y descuidos que son consiguientes á una publicacion póstuma.

¹⁶ Las varias conjeturas que se han formado acerca de la fecha en que debió nacer Colon, discrepan mucho y recorren un espacio de veinte años, desde el de 1436 al de 1456. A todas ellas se pueden hacer fuertes objeciones, y al historiador le es mas fácil destruirlas todas que averiguar cuál sea la verdadera. Véase á Navarrete, Coleccion de Viajes, t. I, Int., sec. 54.—Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, lib. 2, seccion 12.—Spotorno, Memorials of Columbus, pp. 12-25.—Irving, Life of Columbus, vol. IV, lib. 18, cap. 4.

dispuesto, la frente ancha, la nariz aguileña, los ojos pequeños y garzos, la tez buena, y el cabello rubio, aunque el incesante trabajo y la continua esposicion á la intemperie habian dado un color moreno á su rostro y encanecido sus cabellos antes de la edad de treinta años; tenia una presencia majestuosa y mucha dignidad, y al mismo tiempo afabilidad de maneras; era afuente y aun elocuente en la conversacion; de aire y modales mesurados, aunque algunas veces se exaltaba con escesia sensibilidad y pasion¹⁷; era parco, poco aficionado á diversiones de ninguna especie, porque su alma estaba tan absorbida en el gran negocio á que habia consagrado su existencia, que parece no le quedaba lugar para otras cosas menores, ni para los placeres á que se entregan los hombres comunes. Con efecto, su imaginacion, alimentada esclusivamente de sus altos proyectos, adquirió una exaltacion que le elevaba demasiado sobre la realidad de las cosas, empeñándole á combatir contra dificultades que al fin eran invencibles, y dando á sus esperanzas un colorido brillante que muchas veces se desvanecia como el humo.

Aquella exaltacion en que estaba su espíritu indudablemente era en parte resultado de las circunstancias peculiares de su vida. En efecto, la gloriosa empresa que habia llevado á cabo casi justificaba en él el convencimiento de que sus hechos procedian del influjo de alguna inspiracion mas alta que la razon humana; y esto fué lo que llevó á su religioso espíritu á querer encontrar anuncios alusivos á su persona en las misteriosas predicciones de los profetas sagrados¹⁸.

Pero por otra parte, para convencerse de que aquella exaltacion extraordinaria de su espíritu era tambien natural en él, y no solo efecto de las circunstancias, basta considerar los quiméricos planes á que se entregó seriamente antes de haber ejecutado sus grandes descubrimientos. Su proyecto de una cruzada para recobrar el Santo Sepulcro era fruto de una meditacion larga, y cosa que sostenia con mucha resolucion desde el primer momento en que dirigió sus proposiciones

¹⁷ Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 3.—Novi Orbis Historia, lib. 1, cap. 14.—Herrera, Indias Occidentales, dec. I, lib. 6, cap. 15.

¹⁸ Véanse los extractos del libro de

las profecías de Colon (en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. dipl., núm. 140), que se conserva aún en la biblioteca colombiana de Sevilla.

PARTE II. al gobierno de España. Sus cartas sobre este asunto, llenas de calor y entusiasmo, debieron provocar á risa un pontífice como Alejandro VI¹⁹, y pueden justificar en cierto modo la tardanza del gobierno de Castilla en aceptar sus proyectos mas racionales. Mas estos extravíos de su imaginacion no oscurecieron nunca su juicio en lo relativo á su grande empresa, y es muy curioso observar la profética exactitud con que preveía no solo la existencia de los países occidentales, sino las riquezas que se habian de encontrar en ellos, como lo demuestran las precauciones que tomó hasta el último momento de su vida para asegurar íntegros á su posteridad los frutos de sus descubrimientos.

Su noble carácter.

Pero cualesquiera que fuesen los defectos de su razon, dificilmente podria el historiador señalar un solo lunar en su carácter moral: su correspondencia respira siempre el sentimiento de la mas acendrada lealtad á sus soberanos; en su conducta se observa comunmente el mayor cuidado por los intereses de los que le seguian: gastó hasta el último maravedí para restituir á su desgraciada tripulacion á su tierra natal; en todos sus hechos se ajustaba á las reglas mas exactas del honor y de la justicia; su última carta á los reyes, escrita desde las Indias, habla contra el uso de medios violentos para rescatar el oro de los naturales, medios que califica de tan escandalosos como impolíticos²⁰. El grande objeto á que estuvo consagrado parece que dilató su alma, y la hizo superior á los pequeños recursos y artificios, por los cuales algunas veces se intenta conseguir grandes fines. Ha habido hombres en quienes las virtudes extraordinarias han estado reunidas, si no con verdaderos vicios, con miserias degradantes; pero no sucedia así en el carácter de Colon: ya le consideremos en su vida pública, ó ya en la privada, siempre le encontramos el mismo noble aspecto; su carácter estaba en perfecta armonía con la grandeza de sus planes, y los resultados de todo fueron los mas grandiosos que el cielo haya concedido realizar á un mortal²¹.

¹⁹ Véase su carta al mas egoísta y sensual de los sucesores de San Pedro, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Doc. Dipl., núm. 145.

²⁰ "El oro, bien que segun informacion él sea mucho, no me pareció bien ni servicio de vuestras Altezas de se le

tomar por via de robo. La buena orden evitara escándalo y mala fama," etc. Cartas de Colon, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. I, p. 310.

²¹ Colon dejó dos hijos: Fernando y Diego. El primero, que era ilegítimo, heredó el genio de su padre, dice un es-

critor castellano, y el último sus honras y estados (Zúñiga, Anales de Sevilla, año 1506). D. Fernando, ademas de otros escritos que se han perdido, dejó una historia apreciable de su padre, que se ha citado muchas veces en esta obra; fué persona de conocimientos literarios nada comunes, y en sus largos viajes reunió una librería de veinte mil volúmenes, que era quizá la mas copiosa que poseyera un particular en Europa por aquel tiempo (Ibid., año 1539). D. Diego no sucedió en las dignidades de su padre, sino despues de haber obtenido del consejo de las Indias una sentencia á su favor y contra la corona: acto muy honroso para aquel tribunal, y que manifiesta que la independencía de la administracion de justicia, baluarte de la libertad civil, estaba bien establecida bajo el reinado de D. Fernando (Navarrete, Coleccion de Viajes, t. II, Documentos diplom., números 163, 164, t. III, Sup., Col. dipl., núm. 69). Aquel jóven almirante se casó despues con una señora de la ilustre familia de los Toledos,

sobrino del duque de Alba (Oviedo, CAP. XVIII. Quincuagenas, MS., bat. I, quinc. 2, diál. 8). Este enlace con uno de los mas antiguos linajes de la altiva grandeza de Castilla, acredita la extraordinaria consideracion que Colon debió haber adquirido ya durante su vida. Carlos V se opuso nuevamente á la sucesion del hijo de D. Diego, y por fin este hijo, desalentado por la perspectiva de un pleito interminable con la corona, se avino prudentemente á permutar sus derechos, hartos estensos é indefinidos para que pudieran sostenerse por un súbdito, por otras dignidades y rentas que se le señalaron en Castilla. Los títulos de duque de Veraguas y marqués de Jamaica, procedentes de lugares á que el almirante llegó en su último viaje, distinguen todavia su familia, cuyo principal timbre, superior á todo lo que los monarcas pueden conferir, y de que mas puede gloriarse, es el de ser descendiente de Colon. Spotorno, Memorias of Columbus, p. 123.